

«COR AD COR LOQUITUR».
EL PODEROSO LENGUAJE DE JOHN HENRY NEWMAN

VÍCTOR GARCÍA RUIZ

El Imperio Británico tuvo varios elementos unificadores: uno fue la marina, otro el «civil service» y otro fue la lengua, la lengua inglesa. Ya dijo Nebrija que lengua y espada son compañeros del Imperio. El siglo XIX fue el siglo del Imperio Británico y también el siglo de la lengua inglesa, de su normalización, su estratificación social, su prestigio y su esnobismo; también fue el siglo de su recopilación en la empresa titánica del *Oxford English Dictionary*. El agudo y malévolo Bernard Shaw no dejó pasar esta autocomplacencia lingüística y concentró precisamente ahí no sólo la posibilidad de regenerarse espiritualmente sino también la de engañar a esa sociedad en su obsesión por la posición social. Esto ocurría en 1914, fecha del estreno de *Pygmalion*, obra que todos ustedes conocen gracias a la popular versión musical titulada *My fair lady*. El profesor Higgins, el experto en fonética, arenga a la pobre florista con este ditirambo a la lengua inglesa:

Think what you're trying to accomplish. Just think what you're dealing with. The majesty and grandeur of the english language. It's the greatest possession we have. The noblest thoughts ever flowed to the hearts of men are contained in its *extraordinary, imaginative and musical* mixture of sounds. (56)

El marco es sardónico pero estas palabras expresan con rigor un sentimiento colectivo de la clases educadas —aún hoy— respecto a la importancia, incluso moral, de un buen inglés escrito y hablado.

Justamente en ese contexto de ascendente prestigio del inglés como lengua, se registran una serie de testimonios que coinciden en afirmar que John Henry Newman es uno de los maestros de la prosa inglesa. La Inglaterra victoriana perdió a una de sus grandes cabezas pero, a pesar de todos los desaires de

otro estilo, quiso conservar a Newman, con orgullo, como un maestro del idioma. Hubo grandes escritores en la Inglaterra del XIX pero nadie como Newman, el historiador Macaulay y el novelista Thackeray escribieron un inglés más imaginativo, más exacto y más musical.

Henry Wilberforce le llamaba «ho mégas». Óscar Wilde quiso visitarle cuando era un errático estudiante oxoniense y se refirió a él como «ese hombre divino». Mathew Arnold quedó seducido por su prosa (no por su contenido), James Joyce le alabó y también conversos como Graham Greene o Muriel Spark; últimamente lo hecho George Steiner en una reseña del *New Yorker* a la monumental edición de sus *Cartas y diarios*. Hay tal cantidad de testimonios en el XIX sobre el efecto inolvidable de sus sermones en la iglesia de Santa María de Oxford que darían para una bonita recopilación. Baste con el de Mathew Arnold, el reformador educativo y creador de la Rugby School:

Hace cuarenta años [... Newman] predicaba en el púlpito de Santa María todos los domingos, parecía a punto de renovar lo que para nosotros era la institución más nacional y más natural del mundo, la Iglesia de Inglaterra. Nadie era capaz de resistir la fascinación de aquella figura espiritual, que avanzaba como en volandas, en la penumbra de la tarde, por la nave de Santa María, ascendía al púlpito, y con la más sugestiva de las voces, rompía el silencio con palabras y pensamientos que eran música religiosa, sutil, dulce y severa.

Por establecer un paralelismo con nuestro ámbito, pienso en Ortega y Gasset: un hombre de pensamiento, no creador literario, cuya prosa es unánimemente reconocida como una de las más logradas e influyentes en la cultura hispánica del pasado siglo.

Newman es un reconocido maestro de la lengua inglesa precisamente en el mejor momento de Inglaterra como potencia internacional. No olvidemos, sin embargo, que la lengua de Newman responde al canon lingüístico y retórico del siglo XIX y que muchos aspectos de ese canon no vigen ya hoy. Los victorianos usaban muchas palabras, demasiadas palabras para nuestro gusto. Los lectores y los oyentes gozaban con la habilidad del escritor para organizar amplificaciones, paralelismos, enumeraciones, párrafos largos y estructurados. Quizá es que la gente burguesa entonces se movía menos y agradecía tener con qué llenar las largas tardes de ocio; o que la luz eléctrica no había convertido la noche en día. No era un tópico la idea de que no hay tiempo para nada. Lo cierto es que hoy, en general, preferimos un estilo más conciso, más directo. Esta es, sin duda, una pequeña rémora que tiene que superar el lector de Newman, como tiene que superarla cualquier lector de prosa inglesa (no digamos de verso) del XIX.

Newman es un magnífico ejemplo de aquella frase de Sheridan: «easy writing is hard reading». Newman odiaba escribir, le costaba escribir, corregía una y otra vez hasta que sus borradores parecían un laberinto; hasta que sus frases parecían sencillas. La luminosidad de su estilo fue resultado de un gran esfuerzo por la claridad. En su caso podríamos dar la vuelta a las palabras de Sheridan y afirmar que Newman es fácil de leer porque ha costado mucho escribirlo. En una carta de 13 abril 1869, escribe:

me he visto obligado a tomarme mucho trabajo con todo lo que he escrito; a menudo he escrito y reescrito capítulos enteros, aparte de innumerables correcciones de detalle y aditamentos entre líneas. No lo digo como mérito; hay personas que logran la mejor redacción a la primera, cosa que yo muy pocas veces. Cabe suponer que los buenos oradores pueden expresar por escrito su pensamiento con facilidad. Yo, que no soy buen orador, necesito revisar y «trabajar» lo que pongo sobre un papel.

Puedo decir, no obstante, que nunca, desde que era niño, me he propuesto escribir bien o llegar a tener un estilo elegante. Creo que nunca he escrito por escribir. Mi único deseo y objetivo ha sido eso que es tan difícil: decir con claridad y exactitud lo que quiero decir; este ha sido el motivo de todas mis correcciones y reescrituras. A veces, al releer algo escrito un par de días antes, me ha parecido tan oscuro incluso para mí mismo que o lo he desechado inmediatamente o lo he rehecho por completo. Y no he ganado en esto nada después de tantos años de práctica. Tengo que reescribir y corregir tanto ahora como hace treinta años.

En cuanto a modelos, el único maestro de estilo que he tenido (y es extraño por lo distintas que son las lenguas) es Cicerón. Creo que le debo mucho, y a nadie más; al menos que yo pueda decir. Su gran dominio de la lengua latina se manifiesta sobre todo en su claridad.

Newman escribió en *Idea de una universidad* dos comentarios sobre la lengua: 1º, que era «uno de los más grandes dones que el hombre ha recibido» (231). 2º, que la escritura es esencial para la formación del intelecto. Una inteligencia no se forma a base de generalidades sino a base de «accuracy of thought» (273) —esto es: precisión— cuyo principio es «sólo sabes lo que dices que sabes» [«really know what you say you know, 275], «hasta que uno no pone por escrito lo que piensa sobre un tema, no puede distinguir lo que sabe de lo que no sabe» (341). Sabes algo cuando lo escribes; no antes. Más familiarmente se lo escribió en una carta (12 marzo 1871) a su gran amigo —y hombre santo— Edward Bellasis: «I think best when I write. I cannot in the same way think when I speak».

La variedad es otro rasgo muy notable en sus obras, pero sobre todo en sus cartas. Es asombroso que quien escribió unas 20.000 cartas a lo largo de su

vida no repita en su epistolario más que las fórmulas de introducción y despedida. Incluso en cartas a distintos destinatarios sobre un mismo tema emplea argumentos y formulaciones verbales diferentes. Quien quiera comprobarlo dispone de una treintena de mayestáticos tomos de *Cartas y diarios*, editados por el Oratorio de Birmingham.

Por si fuera poco, Newman tenía además un innato sentido musical como excelente violinista que fue toda su vida. Los oídos ingleses gozan con la cadencia y el ritmo de sus frases que, por desgracia, es casi imposible retener en las traducciones. Todo lo anterior engendra una elegancia consustancial que se le nota hasta en una carta circular enviada a los padres de la Oratory School.

¿Por qué Newman es tan atractivo? ¿Sólo porque es un escritor elegante? ¿Por qué ejerce un sutil magnetismo? Yo diría que porque es sincero, porque nunca escribió por escribir, porque no pretendió crear una obra literaria. Las circunstancias de su vida le obligaron, casi a contrapelo, a contar lo que le había pasado. Y le había pasado una extraordinaria aventura en busca de la verdad, cuyo relato conmueve con la mejor retórica posible: la retórica de la verdad. *Apologia pro vita sua* es el ejemplo supremo de este incomparable don que Newman poseyó: el tono, esa combinación de modestia y aplomo que gana y retiene la simpatía del lector con el calor de sus toques biográficos. Newman atrae porque habla con singular agudeza al entendimiento pero sobre todo porque habla al corazón. «Cor ad cor loquitur» reza su lema cardenalicio; convence porque transmite una arrolladora sensación de honradez intelectual confirmada por una vida que estaba claramente más allá de todo lo mundano. «El único misterio en Newman —dijo un contemporáneo— era que le importaba un comino este mundo» [The only mystery about Newman was that he didn't give a damn for this world].

Newman no se sintió nunca un filósofo o un teólogo sino algo que entonces se llamaba un apologista, un polemista; lo que hoy llamaríamos un creador de opinión pública. Su obra, ha escrito Henry Tristram, es una *Summa Apologetica*, asistemática pero con toda la fuerza de su personalidad.

Mi costumbre, o más bien mi modo de ser, me ha llevado a no escribir ni publicar sin un motivo concreto. Lo que he escrito, en su mayor parte, ha sido producto de algún cargo o puesto que he tenido: mis *Sermones* son eso; las *Leciones sobre el Oficio Profético*, *Sobre la justificación*, los artículos en el *British Critic* y la traducción de san Atanasio también. O ha sido por un motivo más especial, invitación, necesidad, emergencia. El caso es que no soy capaz de escribir sin un estímulo de ese estilo. Me hace sentirme donde nadie me ha llamado, un impertinente; y lo que escribo así me sale sin fuerza ni intención (carta de 14 octubre 1874).

Como ha escrito Newsome, contaminado de estilo newmaniano: «nadie entonces —quizá nadie, desde entonces— como él ha conseguido para su causa y para la Iglesia Católica, tanta adhesión, simpatía y comprensión donde no había mas que ignorancia, prejuicio y una indiferencia cercana al desprecio» (311).

Pero veamos ya algunos ejemplos concretos de la lengua de Newman. Ejemplos en versión castellana que, naturalmente, muestran algo, pero no todo, el poder de esta prosa cuyos rasgos he bosquejado sumariamente.

Los escritos de Newman —me acojo al clásico libro de Reilly— pueden abordarse bajo un triple aspecto: su dominio de la retórica, su estilo perfecto y su penetración psicológica.

1. Como retórico. Newman poseyó un singular arte para persuadir, tanto desde el punto de vista intelectual como desde el punto de vista emocional, y muchas veces combinando ambas facetas. Un caso de ejercicio retórico puro es el alegato que no le fue permitido pronunciar al término del caso Achilli en el que Newman fue condenado por libelo al no obtener pruebas de que un exfraile italiano, Achilli, había seducido a varias mujeres a través del confesonario antes de llegar a Inglaterra donde hacía una fuerte propaganda anticatólica¹. Lo ofrezco como ejemplo por tratarse de una pieza breve pero completa y también por tratarse de un caso de retórica pura, la forense, a la que Newman pensó dedicarse en algún momento de su juventud. El lenguaje es extremadamente formal como requiere la situación, abundan los tropos pero nada más lejos de un discurso hueco.

El texto se abre con un *proemio* destinado a captar la benevolencia y justificar, breve y humildemente, su intervención. No falta un brillo metafórico: el abogado ayuda pero falsea.

Acepto agradecido la oportunidad que me otorgan de hacer constar ante sus Señorías y ante el futuro los motivos y sentimientos que me han impulsado a dar, con todas sus consecuencias, un paso [la acusación a Achilli en una conferencia sobre la *Situación actual de los católicos en Inglaterra*] cuya terminación hoy contemplamos. Las formalidades legales, necesarias para su propósito, no alcanzan a expresar tales motivos y sentimientos; y la generosa actuación de quienes amable-

1. El «affaire» se produjo en plena alarma por las muchas secesiones a Roma; Achilli había salido de la prisión inquisitorial gracias a la influencia británica. En Inglaterra fue recibido por el ministro de asuntos exteriores Lord Palmerston. Pero pronto perdió todo crédito y desapareció del panorama. En Inglaterra Achilli se comportó como solía y allí donde se alojó surgieron denuncias sobre su comportamiento con las criadas.

mente nos representan, nos oculta al tiempo que nos protege con su misma brillantez. *No es ingratitud* querer repetir, si bien pobremente, y con esa repetición hacer nuestro, lo que ha sido mejor dicho por otras personas. *No es presunción*, antes de sufrir castigo, poder hablar, por una vez, cara a cara, sin reservas, en la Presencia Augusta de Nuestro Juez. Pero no cansaré a sus Señorías con un largo discurso.

La *expositio* busca señalar los hechos, con concisión, con claridad. En la parte final practica una reducción al absurdo donde brotan antítesis, figuras de repetición, paralelismos:

Señorías, voy a ser condenado por una difamación, hecha pública con el absoluto convencimiento de que los hechos eran verdad y con la ausencia absoluta de cualquier motivo para no hacerla pública. Tan seguro estaba de su verdad que hasta el día del veredicto —no diré que incluso después— ni siquiera por un instante sentí el deseo, ni siquiera momentáneo, de no haber dicho públicamente lo que dije; y tan ajeno estaba a cualquier sentimiento de hostilidad hacia la persona objeto de mi acusación que, incluso después del veredicto, mi más celoso autoexamen no ha sido capaz de encontrar una sola pulsión de rencor o ira. Señorías, mi intención al decir lo que dije fue legítima, y los medios que empleé se ajustaron estrictamente a esa intención.

[EL NÚCLEO:] Un hombre cuya palabra ha sido públicamente declarada por protestantes como indigna de crédito, basándose en el crédito de su palabra, hace acusaciones burdas y falsas contra una comunidad de creyentes que yo, por mi situación, estoy obligado a defender. Replico a sus afirmaciones apelando a la inveterada opinión, o más bien al juicio histórico —así lo creí entonces—, de los hombres, fundada y manifestada en acusaciones concretas, según la cual este hombre es indigno de confianza. Pensando que contaba con pruebas concretas incontestables y de inmediato acceso, afirmé que quien llevaba tanto tiempo sin ser honrado, no podía aspirar a serlo ahora. [RESUMEN:] La única punta de lanza de su defensa contra nosotros fue su veracidad; la única base de mi respuesta fue su falta de veracidad. Convencido de que lo que decía era un hecho, yo dije que él tenía voto de vivir castamente y que estuvo muchos años rompiendo ese voto con su conducta deliberadamente promiscua. [REDUCTIO AD ABSURDUM] Señorías, *gustosamente me someto al fallo que me condena*. La palabra bajo juramento de un hombre me trajo a juicio; la palabra bajo juramento de un hombre —este es el fondo, aunque no la forma— me ha condenado. El hombre cuyo juramento me trajo a juicio es el mismo cuyo juramento me ha condenado. Ese es el hombre a quien acusé. Y mi acusación contra ese hombre fue, precisamente, que nadie podía confiar en su palabra. Yo le acusé de romper juramentos, él me condena porque se admite su juramento de que no los rompió.

El *epitlogo* supone un clímax en cuanto a elementos emocionales para ganar la adhesión: se conecta con lo anterior mediante una anáfora con varia-

tio, sigue una anáfora y una potente gradación nos lleva desde la solitaria prisión de Newman hasta el Juicio final donde le acompañarán sus Señorías.

Señorías, *gustosamente me someto a la ley de mi país*. Tengo fe en que vuestras Señorías han hecho un justo uso de ella. Mi religión me recuerda que sois los Ministros de Lo Más Alto. La historia me certifica la imparcialidad de este Tribunal. No tengo *ninguna* reclamación, *nada* que lamentar, *nada* que temer. Tanto vuestras Señorías como yo, tenemos un papel que cumplir en este mundo pasajero. Yo estoy contento con el mío. La *prisión* sólo logrará acortar mi vida; una *multa* no hará más que convertirme en un mendigo; el *oprobio* y el desprecio de los hombres no añadirá nada al desprecio y al oprobio que los hombres me han dedicado desde hace veinte largos años. Ya nada puedo sufrir, pero en el más allá me será recompensado cien veces más. Estoy rodeado de gracias y favores en esta vida. Por encima de nosotros hay un Dios. Un Dios al que nunca he echado de menos, como tampoco lo echo de menos en este momento.

Cuando Newman quiere demostrar o explicar algo no recurre a la especulación sino a la analogía, a las comparaciones. Hasta tal punto que creo que para él pensar es comparar. Newman es esencialmente práctico en el sentido de que sólo le interesa lo «real» frente a lo «irreal» —lo que son sólo palabras, intenciones sin existencia propia. En un pasaje de la *Apología*, tras comentar las dificultades de los anglicanos para aceptar la transustanciación, dice Newman:

Por mi parte, por supuesto que no puedo demostrar la Transustanciación; no puedo decir *cómo* es eso, pero sí digo: «¿Por qué no ha de ser así?, ¿qué hay que lo impida? ¿Qué sé yo de la sustancia y la materia? Pues lo mismo que los más grandes filósofos, o sea, nada».

Newman se explica a base de analogías, de imágenes, cuanto más plásticas, mejor. Por ejemplo, en su Sermón *Conocimiento que salva* (*Parochial and Plain Sermons* II, 152) habla de la revelación:

Está claro cuál es el objeto que se nos entrega en el Evangelio: «Dios hecho carne». El que antes era invisible se ha manifestado en Cristo; no se limita a desplegar su Gloria como, por ejemplo, en su providencia, en una aparición, en un milagro o en la vida de hombres santos; sino que realmente Él Mismo ha bajado a la tierra y ha dejado que los hombres le vean en forma humana. Del mismo modo que vemos a un siervo suyo, un Apóstol o un Profeta, aunque no veamos su alma, así el hombre ha visto al Dios Invisible; y tenemos un relato de su estancia entre sus criaturas: los evangelios.

En una carta a su hermana Jemima —el único miembro de su familia con quien no se rompió el contacto— escribe:

Todo salió muy bien el miércoles. No es que me gusten mucho las ceremonias de ese estilo; y fue muy largo. Pero la gente estaba muy entusiasmada, todo el mundo muy contento, y son cosas que tienen efectos duraderos. No sé que haría si tuviera que actuar en público —es tan agotador—. A veces pienso si me hubiera podido acostumbrar alguna vez a la vida de abogado, miembro del Parlamento u obispo. Eso supone estar siempre con la mente en tensión, y sólo de pensarlo me siento como si tuviera los brazos estirados durante horas (23 junio 1871).

En una carta de agosto 1861 a una conversa escribía sobre su sensación de fracaso en la vida:

He procurado servir a Dios año tras año, durante treinta; y en tanto que eran *obras* de servicio, todas han fallado. Mi primer sermón anglicano fue sobre el texto «El hombre va a su labor y a su trabajo hasta la noche»; ahora la noche llega para mí y no he hecho nada. Me acuerdo de esos versos de Keble: «Sobre el fracaso Tú, Señor, puedes enviar tu bendición, etc». Sé que es mejor para mí este no haber hecho nada y, no obstante, es duro seguir trabajando a la vista de treinta años de fracasos. Así es. Todo se me queda en nada entre las manos, como si trenzara maromas de arena.

En *Apología pro vita sua* hay un momento crucial que se expresa bajo la imagen del espejo:

La vacación veraniega de 1839 comenzó pronto. [...] Yo hacía más de dos años que había dejado la controversia con Roma. [...] Durante las vacaciones me puse a releer autores que años antes había considerado como muy míos. No hay razones para suponer que yo pensara en Roma para nada. A mediados de junio comencé a estudiar y dominar la historia de los Monofisitas. La cuestión doctrinal me tenía absorbido; esto era más o menos entre el 13 de junio y el 30 de agosto. Y fue en medio de estas lecturas cuando me asaltó por primera vez la idea de que el Anglicanismo era insostenible. Recuerdo haber mencionado el 30 de julio a un amigo con el que me encontré casualmente, lo notable que era la historia en cuestión. A fines de agosto me encontraba seriamente alarmado. [...] Mi baluarte era la Antigüedad; y he aquí que, en pleno siglo V, me pareció ver reflejada la Cristiandad de los siglos XVI y XIX. Vi mi rostro en ese espejo: yo era un Monofisita. La Iglesia de la *Via Media* ocupaba el lugar de la Comunión Oriental; Roma estaba donde está ahora; y los protestantes eran los Eutiquianos. ¡Quien me iba a decir que de todos los pasajes de la historia acabaría recurriendo a las palabras y acciones del viejo Eutiques —aquel *delirus senex*, como creo que le llamó Petavio— y a los disparates de un hombre sin principios como Dióscoro, para convertirme a Roma!

Su capacidad retórica se dirige otras veces más hacia el corazón. Por ejemplo, en el párrafo final de la *Apología*, un típico párrafo largo pero claro, de una sintaxis articulada, y con una gradación emocionante que nos lleva desde sus compañeros del Oratorio de Birmingham hasta la Iglesia Universal reunida ante el Trono eterno, pasando por el homenaje de amistad a su leal Ambrose St John:

Termino esta historia tan personal con el nombre de san Felipe y en la fiesta de san Felipe. Siendo así, a quién puedo dedicarla mejor en señal de gratitud y afecto que a *los hijos de san Felipe*, mis hermanos de esta casa, los sacerdotes del Oratorio de Birmingham: Ambrose Saint John, Henry Austin Mills, Henry Bittleston, Edward Caswall, William Paine Neville y Henry Ignatius Dudley Ryder, que me han sido tan fieles, se han preocupado de mis necesidades, han disculpado mis defectos, me han llevado adelante en medio de tantas dificultades y no han ahorrado sacrificio que yo les pidiera; han sido alegres cuando yo transmitía desánimo y han hecho tantas cosas buenas de las que yo me he llevado el mérito. Con ellos he vivido tanto tiempo, y con ellos espero morir.

Y especialmente a ti, querido *Ambrose Saint John*. Dios *te* puso a mi lado cuando me quitó a todos los demás; *tú* eres el nexo entre mi antigua y mi nueva vida, *tú* llevas veintiún años dedicado completamente a mí, con tanta paciencia, tanta dedicación, tanto cariño; *tú* has permitido que me apoyara en ti con fuerza; cuando había algo que me afectara, *tú* no tenías ojos más que para mí, *tú* nunca pensaste en ti mismo.

Y *en ti* reúno y recuerdo a todos aquellos entrañables amigos y maestros que Dios me dio en *Oxford*, uno tras otro, para que fueran, a diario, mi gozo y mi consuelo; reúno en ti a quienes, de gran nombre y alto ejemplo, fueron *amigos* íntimos y me demostraron sincero afecto en tiempos ya pasados; y también a esos hombres *más jóvenes*, tan numerosos, conocidos míos o no, que nunca se permitieron conmigo la menor deslealtad ni de palabra ni de obra; de estos, tan distintos en su relación conmigo, *tú* representas especialmente a los que, desde entonces, han venido *a la Iglesia Católica*.

Con toda intensidad, y con una esperanza contra toda esperanza, pido al cielo por todos ellos, para que a todos, ellos y nosotros, los que una vez fuimos una sola cosa y tan felices en la unidad, el Poder de la Voluntad divina nos reúna en Un Solo Rebaño bajo Un Solo Pastor.

El *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana* marcó el fin de sus días como anglicano. Hay allí un párrafo, aparentemente dirigido al lector, pero en realidad íntimamente dirigido a sí mismo, en el momento en que ya las razones no cuentan, sólo la fe para cortar amarras:

And now, dear reader, time is short, eternity is long. No apartes de ti lo que has encontrado en este libro; no lo veas como una cuestión de pura controversia religiosa; no te empeñes en rechazarlo, no busques la mejor manera de refutarlo; no te engañes pensando que todo procede de un desengaño, o del disgusto, o que es pura zozobra, o resentimiento, o cualquier otra debilidad. No te refugies

en el recuerdo del pasado, no hagas verdad lo que quieres que sea verdad, no acaricies ni idolatres las cosas que has amado. Time is short, eternity is long

Cerrar de nuevo con la frase bimembre causa un efecto demoledor.

Así rompe el hielo con su entrañable amigo John Keble, tras veinte años de incomunicación (agosto 1863):

Te cuento todo esto [detalles de un viaje a Francia] porque sé que te interesará. Nunca, ni por un momento, he dudado de tu afecto hacia mí; ni tampoco, nunca, me he sentido herido por tu silencio. Lo he interpretado fácilmente: no era el silencio de los hombres, ni el olvido de los hombres, que bien se acuerdan de mí y me nombran, siempre que sea para denigrarme.

Siempre pienso en ti con respeto y cariño; no hay nada que quiera más que a ti, a Isaac, y Copeland y otros muchos que podría nombrar, excepto Aquel a quien debo amar por encima de todo y todos. Quiera Dios, Él, que es la recompensa infinita para todo lo que he perdido, darme su Presencia; y entonces no querré nada más, no desearé nada más, porque nadie más que *Él* puede compensarme de haber perdido esos entrañables amigos cuyos rostros veo continuamente como fantasmas.

Siempre tuyo, con todo el afecto, John H Newman.

2. El estilo. Newman llegó a escribir párrafos de hasta 200 palabras, siempre con una estructura clara, ordenada, llena de ritmo y sin perder nunca de vista su objetivo; con mucha frecuencia, esa idea central conductora cierra el párrafo con un inolvidable sumario que se convierte en frase memorable. A pesar de la *copia verborum*, existe una sensación de serenidad porque se evitan trucos fáciles y porque la arquitectura sintáctica se ha calculado con suma atención. Esto se nota, por ejemplo, en que es difícil omitir algo o si se cambia una palabra de sitio todo se hunde. Es difícil citar a Newman a medias o parafrasearle. Sus párrafos, como los de Faulkner, «respiran» espléndidamente, no se atascan, no provocan la incertidumbre de una concordancia dudosa o la angustia de un verbo que no termina de llegar. Hay tensiones, sorpresas y efectos sinfónicos en el despliegue de los matices. Pero la condición esencial de su estilo es que tiene algo que decir.

La celeberrima caracterización del caballero en *Idea de una Universidad* (que comienza «It is almost a definition of a gentleman to say he is one who never inflicts pain...») es un conocido ejemplo². Otro bello caso es el arreba-

2. Su amigo, benefactor y hombre ejemplar, el converso Edward Bellasis decía algo parecido: «Greatest of pleasures is giving pleasure; next thing to cultivate: pain in giving

tado elogio de la Misa que hace un personaje de su novela *Perder y ganar* (277-79):

Willis: La idea del culto en la Iglesia católica y en la vuestra es distinta; porque en realidad son religiones distintas. (*Con ternura*) No te engañes, querido Bateman, no es que la nuestra sea la vuestra pero llevada un poco más allá; demasiado, según vosotros. No. La nuestra es una religión y la vuestra es otra. Y cuando llegue el momento, que llegará, en que tú, con lo lejos que estás ahora, te sometas al suave yugo de Cristo, entonces, amigo Bateman, la fe te hará capaz de ver lo que de otra manera te desconcertaría. Además, la costumbre de tantos años, el asociar mentalmente determinados actos con ciertas reacciones interiores, puede hacerte difícil adaptarte a unos hábitos diferentes y suscitar asociaciones mentales poco oportunas. Pero esa fe que te digo, ese colosal don de Dios, te hará capaz ese día de superarte a ti mismo y someter tu juicio, tu voluntad, tu razón, tus afectos, tus gustos a las normas y al modo de hacer de la Iglesia. ¡La fe! qué importante es para eso que me preguntas... [...] para mí nada es tan consolador, nada me llega más, ni me enardece y entusiasma más que la Misa, tal como nosotros la celebramos. Podría asistir a cientos de Misas y no cansarme jamás. No se trata de recitar unas palabras. Es una gran Acción, la Acción más grande que puede darse en la tierra. Es no sólo la invocación sino... la evocación del Dios Eterno. El que hace temblar a los demonios, el que recibe la reverencia constante de los ángeles, Él mismo se hace presente sobre el altar en cuerpo y sangre. Ese es el hecho sobrecogedor que da sentido a toda la Misa. Las palabras hacen falta, pero sólo como medios, no como fines. Las palabras hacen mucho más que dirigirse al trono de la gracia, son instrumentos de algo que es mucho más alto: la consagración, el sacrificio. Que todo es muy apresurado, dices tú... sí, las palabras van rápidas..., como si estuvieran impacientes por cumplir su misión. Son rápidas; todo es rápido, porque todas son partes de una acción única. Son rápidas, porque son las palabras impresionantes de un sacrificio, algo demasiado grande como para demorarse en ellas. Pasan rápido, porque el Señor Jesús pasa con ellas; como pasó rápido por el lago llamando primero a uno, después a otro. Pasan rápidas, porque como el relámpago reluce de una parte a otra del cielo así es la venida del Hijo del Hombre. Pasan rápido, porque son como las palabras de Moisés invocando el Nombre de Dios, que pasaba junto a él bajando en la nube. Como Moisés en la montaña, nosotros también «corremos e inclinamos la cabeza hasta el suelo, adorando». Nosotros también, no sólo el sacerdote, cada uno desde su sitio y en todas partes anhelamos el gran advenimiento, «aguardamos el movimiento del agua»³. Cada uno en su sitio, desde su propio corazón, sus deseos, sus pensamientos, sus intenciones, con su propia

pain. Two feelings to be suppressed: pain in giving pleasure and pleasure in giving pain (150).

3. Juan 5, 3, en la piscina probática de Betsaida.

petición, distintos pero unidos, contemplando lo que pasa, contemplando cómo pasa, uniéndose a la consumación de todo aquello... y no limitándose a seguir de principio a fin, aburrido y cansado, unas fórmulas monótonas; todos y cada uno. Como los instrumentos musicales en un concierto, siendo distintos, se unen en una dulce armonía, participamos con el sacerdote de Dios, apoyándole, guiados por él. Allí hay niños pequeños y ancianos, gente ignorante y seminaristas, sacerdotes preparándose para decir su Misa, sacerdotes haciendo su acción de gracias, almas que no han pecado y almas que han pedido perdón; pero de todas esas almas distintas se alza hasta Dios un solo himno eucarístico. Y su medida y su fin son esa Inefable Acción. Y..., ¡oh, Bateman! querido Bateman, tú me has preguntado si es una ceremonia absurda, formalista... Es... (*exclamando y poniéndose en pie*) ¡una maravilla! ¡una maravilla! Dios mío, ¿cuándo iluminarás a este pueblo, a esta nación tan querida? «O Sapientia, fortiter suaviterque disponens omnia, O Adonai..., O Expectatio gentium..., veni ad salvandum nos, Domine Deus Noster!»⁴.

O el exordio del capítulo 3 de *Apologia pro vita sua*, cuando siente el vértigo de anular veinte años para defender ante la opinión pública inglesa la limpieza de su vida. El arranque es sencillo y solemne. Las interrogaciones más la imagen de la autocirugía se recogen en el párrafo final, enfático y de violenta sintaxis —sujeto, *I*, y verbo, *attempt* muy separados:

And now that I am about to trace... Y ahora que me dispongo a trazar, si puedo, cómo tuvo lugar el gran vuelco que me llevó a dejar mi propio hogar, al que me unían lazos y afectos tan fuertes, me resulta abrumadoramente difícil quedar satisfecho yo mismo con mi narración; lo he ido postergando hasta que la ya inmediata proximidad del día en que estas líneas han de darse a la imprenta me obliga a acometer la tarea.

For who can know himself ¿Porque quién puede conocerse a sí mismo y advertir las múltiples y sutiles influencias que actúan sobre él? *And who can recollect* ¿Y quién puede recordar a la vuelta de veinticinco años todo lo que supo acerca de sus propios pensamientos y acciones?, tanto más cuando se trata de un periodo de la vida en que la observación de uno mismo y del mundo exterior es menos intensa que antes y que después, por la perplejidad e inquietud que pesaba entonces sobre nosotros; y cuando, pese a la luz que se nos daba en medio de la oscuridad en atención a nuestras dificultades, oscuridad profunda era al fin y al cabo.

And who can suddenly gird ¿Y quién puede, de inmediato, aprestarse a la tarea, nueva y angustiosa, que uno podría realizar con competencia si hubiera

4. Antífona de expectación del Mesías, en Adviento (Vísperas, 17 de diciembre). Al morir Hurrell Froude en 1836, Newman se quedó con el breviario romano de su amigo y empezó a rezarlo desde entonces.

tiempo y calma para examinar con detalle lo que ha escrito en libros y cartas personales?; pero aun contando con esa tranquila contemplación del pasado, *who could afford* ¿quién podría permitirse obrar decidido y sin angustia cuando practica sobre sí mismo la cruel operación de remover viejas penas, de aventurarse otra vez en el «infandum dolorem» de aquellos años en que las estrellas de este bajo cielo se iban apagando, una por una.

[la aplazada respuesta a tanta interrogación se une a la imagen de la auto-cirugía que acaba de surgir]

I could not in cool blood, nor except..., attempt No podría yo, si no fuera por una imperativa llamada del deber, intentar a sangre fría lo que me he propuesto hacer. Analizar lo que ocurrió hace tanto tiempo y sacar a la luz los resultados es cosa atroz para el corazón y para la mente. He hecho en mi vida muchas cosas audaces: esta es la más audaz, y si no estuviera seguro de triunfar al final de la empresa, hubiera sido una locura comenzarla.

Sus poderes de convicción y sus cualidades como argumentador de larga distancia se alían en esta gradación de su Sermón sobre *Self-contemplation* (PPS II, 166-67). Newman quiere mostrar que el pensamiento moderno tiende a diluir en sentimentalismo la noción de Revelación.

Al considerar que el principal objetivo [de la religión] es lograr un determinado estado del corazón, hacen que el credo expreso de la Iglesia, «la verdad como es en Jesús» sea algo secundario. [...] Para justificar esta postura, afirman como algo evidente que el principal objeto de la doctrina revelada es mover el corazón [affect the heart]; que todo aquello que parece que no lo mueve, es que no lo mueve; que lo que no lo mueve, no sirve de nada; y que el hecho de que el corazón de esta o aquella persona parezca realmente movido es garantía suficiente de que los dogmas que esta persona pueda rechazar, puede rechazarlos todo el mundo sin riesgo alguno; o al menos esas verdades pueden considerarse de menor importancia. [...] El último y más miserable peldaño de esta falsa sabiduría es negar que en materias de doctrina hay en la Escritura un sentido que es verdadero y los demás son falsos; es convertir el Evangelio de la Verdad en una revelación de sólo palabras y en letra muerta.

La *copia verborum* del estándar lingüístico victoriano dio oportunidad a Newman de escribir estos y otros párrafos. Pero ese modelo de elegancia más bien suntuoso, le llevó al mismo tiempo a desarrollar la técnica contraria: la sentencia escueta, la diana verbal, que muchas veces es el cierre y el recordatorio irrefutable de la idea desarrollada en un gran párrafo; o en una carta como esta, respuesta a los artículos en que Leslie Stephen, exclérigo agnóstico y padre la novelista Virginia Woolf, atacaba la «Teoría del acto de fe del Dr. Newman» contenida en la *Gramática del Asentimiento*.

Le [al director de la publicación donde Stephen publicó su trabajo] agradezco su extremada cortesía y el ofrecimiento generoso que es objeto de su carta. Pero, dándole mucho las gracias, declino. Si el segundo artículo de Mr Leslie Stephen sobre mí, es, en tono y carácter, idéntico al de este mes, no tendré ninguna reclamación que hacer en absoluto. Los puntos de vista que he hecho públicos en diversas ocasiones no valdrían nada si no pudieran soportar la crítica de una mente tan aguda y pacífica como la suya. Esa crítica es un paso imprescindible en el reconocimiento general de su solidez, si es que mis puntos de vista merecen tal calificación. Y aunque no reconozco como mío todo lo que él me adjudica ni espero en su crítica de diciembre lo que no he encontrado en la de noviembre, con mucho gusto dejaré que el tiempo haga por mí lo que tan a menudo ha hecho el tiempo en los últimos 40 ó 50 años. *El tiempo ha sido mi mejor amigo y mi mejor defensor* [Time has been my best friend and champion]. Al futuro me encomiendo con mucho amor, y muy conforme con su fallo, JHN

O en *Apología* (16) hablando de su primera conversión al calvinismo:

[esas ideas contribuyeron a] aislarme de las cosas que me rodeaban, a confirmar mi desconfianza hacia la realidad de los fenómenos materiales, y hacerme descansar en el pensamiento de *dos y sólo dos seres absoluta y luminosamente auto-evidentes: yo y mi Creador* [making me rest in the thought of two and only two absolute and luminously self-evident beings, myself and my Creator].

En uno de sus primeros sermones, *La inmortalidad del alma*, Newman amplió esta intuición —«To everyone of us there are but two being in the whole world, himself and God» (PPS I, 20)— conectándola con la Conciencia como representante de Dios incardinado en nuestra alma.

Apología contiene entre sus muchos pasajes memorables un buen ejemplo de estilo roto, nervioso que habría hecho las delicias de un adepto a la Estilística —Dámaso Alonso sin ir más lejos— por la sorprendente adaptación de forma paratáctica y fondo agitado. Es el final del capítulo 1. La sintaxis asmática, disyecta, el bordoneo de tres impacencias —At last..., At length..., At last...— expresan la zozobra de un Newman que llega a Inglaterra transformado por su enfermedad en Sicilia y poseído por un incontenible sentido de misión —más la suprema elegancia de poner a Keble a la cabeza del Movimiento de Oxford:

Me consumía por llegar a casa, pero por falta de barco tuve que esperar tres semanas en Palermo. Me puse a visitar iglesias, con lo que se templó un poco mi impaciencia aunque no asistí a ningún culto. No sabía que el Santísimo Sacramento estuviera allí. *Por fin*, zarpé en un barco naranjero rumbo a Marsella. Entonces escribí el poema que empieza «Lead, Kindly Light» [Guíame, Luz buena], que tan conocido se ha hecho luego. Estuvimos parados una semana

entera en los estrechos de Bonifacio. Me pasé toda la travesía escribiendo poemas. *Al fin*, llegué a Marsella y desde allí partí hacia Inglaterra. El cansancio del camino resultó demasiado para mí y tuve que detenerme varios días en Lyon. *Por fin*, me puse de nuevo en camino, y no paré ni de noche ni de día (sólo un inevitable retraso en París) hasta llegar a Inglaterra, a casa de mi madre. Mi hermano había vuelto de Persia unas horas antes. Esto era un martes. El domingo siguiente, catorce de julio, Mr Keble predicó el Sermón de las Audiencias desde el púlpito de la Universidad. Se publicó con el título de «Apostasía Nacional». Lo he considerado siempre, y he tenido ese día, como el inicio del Movimiento religioso de 1833. (40-41)

Muchas de sus lacónicas frases son citas célebres:

- Muchos hombres vivirán y morirán por un dogma, por una idea; nadie será mártir de una conclusión. [Many a man will live and die upon a dogma; no man will be a martyr of a conclusion].
- Nadie vive o muere por un cálculo aritmético; muere por cosas reales [No one will die for his owns calculations, he dies for realities].
- Jamás un cálculo hizo un héroe [Calculations never made a hero].
- Después de todo, el hombre no es sólo un animal que piensa; es un animal que ve, que siente, que contempla, que actúa [After all, a man is not a reasoning animal; he is but a seeing, feeling, contemplating, acting animal].
- Diez mil dificultades no hacen una sola duda [Ten thousand difficulties do not make a single doubt]
- Los grandes hechos llevan tiempo [Great acts take time].
- Las grandes acciones son fruto de la devoción hacia una idea [Great things are made by devotion to an idea].
- Seguramente Inglaterra es el paraíso de los hombres pequeños; y el purgatorio de los grandes [England surely is the paradise of little men; and the purgatory of great ones].
- La sociedad empieza con el poeta y termina con el policía [Society begins with the poet and ends with the policeman].
- Aquí abajo vivir es cambiar y ser perfecto es cambiar a menudo [Here below to live is to change, and to be perfect is to change often].

Newman podía ser muy cortante y hasta violento en sus cartas. Lo fue en más de una ocasión. Especialmente cuando exigía en la prensa *fair play* y rectificaciones. Con el antipapismo recalcitrante no tuvo piedad y llegó a ser casi feroz:

El Oratorio, 20 agosto 1851

Al editor de la *Ari's Birmingham Gazette*

Señor: Un clérigo del Establishment afirma de mí en su número de la semana pasada que «la totalidad de mi vida pública» ha sido «una mentira sin remisión posible». Esto significa, en otras palabras, que aquí hay un embustero, él o yo. Y yo no lo soy.

Si yo fuera bien conocido en Birmingham, él no se atrevería a decirlo; y si lo hiciera, todo el mundo se reiría de ello, que es exactamente lo que yo hago.

Cita él dos pasajes míos para apoyar su acusación. Y lo hace a la manera clásica de los protestantes en tales circunstancias, porque ha cortado el comienzo de la primera frase del primer pasaje y luego ha quitado la parte central del segundo. Que haga el favor, si es que él puede permitirse jugar limpio, de citar íntegros ambos pasajes y entonces yo me comprometo, no a contestarle a él, sino a dar explicación de esos dos pasajes a los lectores de su periódico, en el caso de que todavía requieran alguna aclaración.

Un amigo mío ha mantenido con él en las páginas de su periódico una polémica que por suerte ha concluido ya. Y demasiado ha durado, si dependiera de mi consejo. A un individuo que afirma que otro miente de forma habitual no se le debe permitir correspondencia ni con él ni con ninguno de sus amigos.

Aunque parezca extraño, tiene ese sujeto tan poca delicadeza que se ha permitido la impertinencia de enviarme una carta; la he devuelto sin abrirla. La próxima la quemaré; y la tercera, si llega, la clavaré en la pared. Me niego a tener ningún tipo de trato personal con semejante individuo.

Su seguro servidor, John H Newman

El Oratorio, Birmingham, 28 junio 1862

Al editor de *El Globo*

Señor: Un amigo me envía un párrafo que me concierne en su número de ayer en el sentido de que yo «he dejado o estoy a punto de dejar mi Oratorio en la calle Brompton, del que he sido superior durante años, como un primer paso, según esperan amigos íntimos, de mi retorno a la Iglesia de Inglaterra».

Supongo que usted ha incluido este párrafo en sus columnas tomándolo de otra fuente, con el fin de darme la oportunidad de negarlo, si es que puedo. En consecuencia, no pierdo ni un minuto en dirigirle estas líneas, por cuya inmediata difusión le estaré sumamente agradecido.

Ese párrafo carece absolutamente de base en todas y cada una de sus partes.

1. Durante los últimos trece años he sido el superior del Oratorio *de Birmingham*. Y lo sigo siendo. No tengo motivos para pensar que vaya a dejar de serlo, a no ser que mis años me incapaciten para los deberes de mi cargo.

2. Por otra parte, desde el momento, hace doce años, en que fundé el Oratorio de Londres, actualmente en la calle Brompton, no he tenido jurisdic-

ción alguna sobre él y, lejos de ser su superior, puedo decirle que no he puesto allí los pies en los últimos siete años.

3. Ni por un instante he tenido la menor vacilación en mi fe en la Iglesia Católica desde que fui recibido en su seno. Sostengo, y siempre he sostenido, que el Romano Pontífice es el centro de la unidad y el Vicario de Cristo, y siempre he tenido y tengo una fe diáfana en su Credo y en todos sus artículos; una adhesión suprema a su liturgia, su disciplina y sus enseñanzas; y un ardiente deseo y esperanza contra toda esperanza de que muchos amigos queridos que dejé en el Protestantismo puedan participar de mi felicidad.

4. Siendo este el estado de mis creencias, sería superfluo añadir que no tengo intención (ni la he tenido jamás) de dejar la Iglesia Católica para volver a la Protestante, si no fuera porque los protestantes siempre están al acecho de cualquier rendija o subterfugio en las afirmaciones de un católico. Así que para darles una satisfacción completa, si es que eso es posible, por la presente declaro profesar *ex animo*, con un consentimiento absoluto, interno y deliberado, que el Protestantismo es la religión más desoladora que cabe pensar, que la sola imagen de un servicio anglicano me produce escalofríos y el solo pensamiento de los Treinta y Nueve Artículos me provoca oleadas de sudor frío. ¿Volver a la Iglesia de Inglaterra? Nunca. «Se rompió la red y somos libres». Sería un loco rematado (por decirlo suavemente) si en mi vejez abandonara «la tierra que mana leche y miel» por la ciudad de la confusión y el reino de la esclavitud.

También fue tajante, aunque no violento, cuando las cartas se dirigían a católicos o clérigos intolerantes. Por ejemplo, el futuro Cardenal Vaughan estaba haciendo una vehemente campaña desde el *Tablet* a favor de la infalibilidad y denunciando a los que se oponían. Pidió a Newman, como Superior del Oratorio, que avalara con su firma «la causa que llevamos en el corazón. Si usted aprueba el movimiento...». Newman respondió:

Estimado P. Vaughan:

No soy partidario de eso que llama usted «*movimientos*». Creo que en la Iglesia Católica lo mejor es *estarse quieto*. Y, cuando me muevo, es ordinaria y mayormente por iniciativa de mis propios superiores eclesiásticos —no, desde luego, por la intromisión de extraños.

Creo que lo mejor es ser franco.

Suyo de veras, John H Newman.

3. Un buen retórico es siempre un buen psicólogo que sabe decir a cada público lo que más conviene y en el tono que más conviene. Newman supo no andarse con contemplaciones en sus discursos sobre *La situación actual de los católicos en Inglaterra*, para muchos, lo mejor que nunca escribió como hombre de letras. La novelista George Eliot aplaudió con calor la implacable sátira con

que Newman despellejó los prejuicios anticatólicos del típico John Bull. Lo más divertido es el cuento del Conde Ruso. Newman fue muy astuto al hacer un planteamiento doblemente indirecto; primero porque había organizado esas conferencias para los Hermanos del Oratorio, laicos católicos a los que pretendía enseñar a desenvolverse en una sociedad agresivamente protestante. Pero, claro, dado el ambiente popular antipapista en respuesta a la restauración de la jerarquía católica en 1850, Newman sabía que la sala se iba a llenar de protestantes y que la versión impresa de sus conferencias sería leída con lupa y poca benevolencia. Sin embargo, como Newman se dirigía expresamente a los católicos presentes —lo hace a propósito cada cierto número de páginas—, todo protestante en la sala quedaba convertido en un intruso.

En segundo lugar, en vez de enzarzarse en polémicas y explicaciones, inventó una historia de efectos mortales para que el «inglés lleno de prejuicios», el John Bull, se sintiera incomprendido y malinterpretado por una mayoría social hostil. Newman imaginó que en Moscú existía un pequeño partido anglófilo que celebraba una gran reunión pública a la que asistían gentes que «nunca estuvieron en Inglaterra, ni vieron a un miembro del Parlamento, un policía ni una reina ni la masa [mob] de Londres» pero habían leído cosas aquí y allá hasta acumular «un torpe farrago de ideas, palabras y casos, una pequeña verdad, una buena porción de falsedades, otra de deformaciones, más tonterías y algunas fábulas» [a crude farrago of ideas, words and instances, a little truth, a deal of falsehood, a deal of misrepresentation, a deal of nonsense, and a deal of invention]. En pleno mítin se levanta un conde, de la familia Potemkin, apodado el Chupasangre por la mucha que ha vertido en la guerra contra las tribus circasianas, y empieza a hablar, y a hablar. La larga intervención del Conde —transmitida a Newman por un corresponsal periodístico— es una sátira cruel y brillante, una estocada de muerte para unos protestantes, colados de rondón, que reciben, con la mordaza en la boca, una buena dosis de incompreensión, la misma que —de eso se trata— ellos infligen a diario a sus compatriotas católicos. Cuando el Conde toma una especie de Biblia que tienen los ingleses —resulta ser nada menos que la Constitución— y lee escandalizado sus primeras palabras, la cosa llega a ser sangrante, porque esas palabras son: «Es axioma de la Ley que el Rey por sí mismo no puede equivocarse» [It is an axiom of the law that the king himself can do no wrong]. La temperatura va creciendo y al final la masa quema ante el Kremlin una efigie de la Reina y de John Bull. Que es lo que se hacía en Inglaterra todos los años con la efigie del Papa el día de Guy Fawks. «Ningún absurdo contenido en este cuentecillo puede igualar —ningún absurdo imaginable puede superar— los absurdos que creen sobre los católicos con firme convicción protestantes sensatos, sensibles, y bienintencionados» [No absurdities contained in the above sketch can equal —nay, no conceivable absurdities

can surpass— the absurdities which are firmly believed of Catholics by sensible, kind-hearted, well-intentioned Protestants] (41).

Supo, en cambio, hacerse escuchar a base de cortesía en la *Carta al Duque de Norfolk*, donde respondía a la acusación del Primer Ministro Gladstone sobre el imposible patriotismo de un católico inglés, tras la declaración papal de Infalibilidad. Newman bucea en la historia antigua, busca precedentes, pone ejemplos, argumenta, pero sabe que el golpe está en el brindis, hecho como al desgaire al final del capítulo 5. Este texto era todo lo que muchos ingleses necesitaban leer para aceptar que se podía ser católico e inglés al mismo tiempo.

Añado un comentario. Caso de verme obligado a hablar de religión en un brindis de sobremesa —desde luego, no parece cosa muy apropiada—, beberé «¡Por el Papa!», con mucho gusto. Pero primero «¡Por la Conciencia!», después «¡Por el Papa!» [I add one remark. Certainly, if I am obliged to bring religion into after-dinner toasts, (which indeed does not seem quite the thing) I shall drink —to the Pope, if you please, —still, to Conscience first, and to the Pope afterwards.]

Realmente, como escribió Reilly, «Here as always he was the psychologist first, the rethorician afterwards» (216).

La inmensa ola de simpatía que Newman levantó con *Apología pro vita sua* tiene mucho que ver con este instinto psicológico. *Apología* provocó un impresionante fenómeno de opinión pública porque dejó hablar a los hechos —las cartas que insertó— y los hechos desmentían a los prejuicios. Seguramente *Apología* es su obra más célebre, la que más personas ha acercado a la Iglesia católica, entonces y desde entonces.

Quizá la agudeza de Newman como psicólogo destaca en sus sermones pastorales. Por ejemplo cuando imagina —es también una analogía aplastante— los efectos de un Cristo resucitado que se hubiese mostrado indiscriminadamente a todos los hombres (*Parochial and Plain Sermons*, I, sermón 22, *Testigos de la Resurrección*, 283-88):

«¿Por qué nuestro Señor no se manifestó a todo el mundo después de la resurrección?, ¿por qué sólo a testigos escogidos?» Esta es mi respuesta: «Porque esa era la forma más eficaz de propagar Su religión en el mundo» [...] Supongamos que nuestro Señor se hubiese mostrado tan abiertamente como antes de su Pasión, predicando en el Templo y caminando por las calles de la ciudad [...] ¿Qué hubiera pasado? Desde luego, lo mismo que había pasado antes: sus anteriores milagros no habían movido a la gente; seguro que este nuevo milagro les

habría dejado igual que antes de verle, o peor. Puede que en ese momento se hubieran maravillado, pero ¿por qué había de durar ese asombro? [...] Ya habían visto muertos resucitar. Esto es lo normal en la masa de la gente, en todos los tiempos: dejarse influir por miedos repentinos, arrepentimiento repentino, propósitos repentinos, decisiones repentinas, que desaparecen repentinamente... La multitud es así, inestable, como el agua, y nunca mejorará. Un día grita «¡Hosanna!», al siguiente «¡Crucifícale!». De habérseles aparecido nuestro Señor después de crucificado, habrían gritado «¡Hosanna!» otra vez; y una vez ascendido Cristo al cielo, se habrían puesto a perseguir de nuevo a sus apóstoles [...] Además el milagro de la resurrección se exponía más que otros a la incredulidad. Si se hubiera aparecido a todos, sólo unos pocos habrían podido tocarle y asegurarse de que era él. Sólo unos pocos le habrían visto antes y después de su resurrección, y podrían certificar el milagro. Muchos lo negarían. Lo dice san Mateo: Al aparecerse sobre un monte de Galilea «algunos dudaron». Y ¿cómo podía ser de otra manera? No podían cerciorarse de que veían al mismo que fue crucificado, muerto y sepultado. Otros dirían que era sí él, pero que en realidad, nunca murió. O incluso que, en realidad, nunca fue un hombre verdaderamente. Habría excusas para aquellos que no desearan creer. Terminarían convirtiendo el milagro en magia. [...] Nuestro Señor escogió a unos pocos, porque sólo unos pocos podían ser instrumentos. Para ser testigos de su resurrección, era imprescindible haberle conocido con intimidad antes de su muerte, como los apóstoles. Pero además era necesario que estuvieran ciertos de que era el mismo que habían conocido antes. Por eso les urgía a que le tocaran. [...] No se trataba simplemente de que le reconocieran; quería que la idea de Cristo quedara estampada en sus mentes como el único maestro para el resto de sus vidas. No se atrae fácilmente a los hombres para que se adhieran a una causa. No sólo es caprichosa la masa; los mejores, si no se les anima, instruye y corrige, también se dejan arrastrar. La naturaleza, sin educación, no tiene principios [Untrained nature has no principles]. Y Nuestro Señor se dedicó a unos pocos porque si se ganaba a unos pocos, los muchos vendrían después [Our Lord gave his attention to the few because if the few be gained, the many will follow] [...] Todo gran cambio lo causan unos pocos, no las multitudes [It is plain every great change is effected by the few, not by the many] [...] Sin duda, las multitudes pueden *deshacer* muchas cosas, pero para *hacer* algo, hace falta gente preparada para ese fin [much may be *undone* by the many, but nothing is *done* except by those who are specially trained for action].

Muchos sermones pastorales asombran por su sencillez, su hondura y su puntería con las almas. Lo que sigue —del sermón «Cristo se muestra en el recuerdo» PPS IV, 253-66)— es un caso entre cientos:

no notamos la Providencia de Dios en el momento en que tiene lugar, sino después cuando volvemos la vista atrás sobre lo que ha pasado, sobre lo que ya no existe [...] Dios envía sus bendiciones en silencio, como en secreto, para que no

las notemos en ese momento, más que por fe, sólo después [...] nos pasan cosas buenas y malas; en ese momento no sabemos qué sentido tienen, no vemos la mano de Dios en ellas. Pero si tenemos fe, afirmamos lo que no vemos y tomamos todo lo que nos pasa como cosa Suya [...] Haced que una persona que cree estar sirviendo a Dios, repase su vida y se dará cuenta de lo decisivos que fueron hechos y momentos que entonces le parecían completamente indiferentes. (256, 257, 258, 261)

Esta hermosa homilía concluye con un alarde de ritmo:

Saquemos conclusiones para el futuro: tengamos fe en lo que no podemos ver. Parece que el mundo sigue siempre igual. No hay nada del cielo entre los hombres; en las cosas que pasan no hay nada del cielo; en la cara de la gente, los grandes, los ricos, los que se afanan, no hay nada del cielo; en la palabra de los elocuentes, en los hechos de los poderosos, en el consejo del sabio, en la decisión del gran señor o en la pompa del opulento, no hay nada del cielo. Y sin embargo, el Espíritu de Dios, por siempre bendito, está aquí; el Hijo Eterno, diez veces más glorioso, más poderoso que cuando pisó esta tierra hecho carne nuestra, está con nosotros. Que esta verdad divina habite siempre en nuestra mente: cuanto más escondida es la mano de Dios tanto más poderosa; cuanto más callada, más asombrosa. (265)

Juan Pablo II ofrece la oportunidad de un cierre con sus palabras del 27 de febrero pasado: «Al final lo que resplandece en Newman —en el poderoso lenguaje de Newman, añadido yo— es el misterio de la cruz del Señor, que fue el corazón de su misión, la verdad absoluta que él contempló, la “bondadosa luz” que le guió en su vida».

OBRAS CITADAS

- BELLASIS, EDWARD, *Memorials of Mr Serjeant Bellasis. 1800-1873*. Londres: Burns and Oates, 1895.
- MY FAIR LADY, A musical play in two acts based on *Pygmalion* by Bernard Shaw. Adaptation and lyrics by Alan Jay Lerner. Music by Frederic Loewe. Londres: Penguin Books, 1983.
- NEWMAN, JOHN HENRY, *Apologia pro vita sua*. Ed. David de Laura. Nueva York-Londres: Norton & Company, 1968.
- , «A Letter addressed to His Grace the Duke of Norfolk». *The Works of Cardinal Newman. Certain Difficulties felt by Anglicans in Catholic Teaching*. 2. Maryland: Westminster, 1969. 171-347.

- , *Lectures on the Present Position of Catholics in England*. Ed. Andrew Nash. Notre Dame: Gracewing, 2000.
- , *Parochial and Plain Sermons*. 8 vols. Londres-Oxford-Cambridge: Rivingtons, 1869. PPS.
- , *Perder y ganar*. Madrid: Encuentro, 1994.
- , *The Idea of a University*. Ed. I.T. Ker. Oxford: Oxford UP, 1976.
- NEWSOME, DAVID, *The Convert Cardinals. (John Henry Newman and Henry Edward Manning)*. Londres: John Murray, 1993.
- REILLY, JOSEPH J., *Newman as a man of letters*. Nueva York: The Macmillan Company, 1925.

Víctor García Ruiz
Departamento de Literatura Hispánica
Universidad de Navarra
PAMPLONA

Copyright of Scripta Theologica is the property of Universidad de Navarra and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.